



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

Posmodernismo y seguridad europea

Jesús García Riesco

Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Pensamiento, Moral y Legislación Militar

16 de octubre de 2026

El posmodernismo

El posmodernismo surge en Europa, tras la Segunda Guerra Mundial, como un movimiento intelectual que desafía a la modernidad y sus instituciones, lo que deviene en una relación deconstructivista con la realidad caracterizada por un cinismo destructivo. El significado de un argumento no es fijo y puede ser inestable o contradictorio. Identifica la existencia de muchas realidades y se niega a reconocer no solo la existencia de leyes universales sino la consistencia de cualquier idea, por lo que no existe la verdad.

El posmodernismo niega la objetividad porque considera que la verdad se crea socialmente sin ningún obstáculo para la libertad y que la moralidad es un asunto personal que se apoya en códigos éticos privados: la persona es libre de crear principios morales sin necesidad de seguir los valores y reglas de la tradición. Desafía la pretensión de conocimiento universal de la Ilustración y la visión de que la ciencia puede alcanzar la verdad porque fuera de la expresión lingüística no hay conciencia de la realidad. Además, considera que no hay una verdad histórica —la

Historia es una construcción ideológica—y la razón y la ciencia son «metanarrativas», es decir, relatos sobre otras historias.

Aunque critica cualquier teoría, el posmodernismo toma impulso, después de la Guerra Fría, con la «teoría de la paz democrática» de Rumme que sostiene que las democracias son menos propensas a la violencia que las autocracias y no luchan entre sí por tres razones: no quieren la guerra, la esencia de la cultura democrática es la negociación y los ciudadanos libres buscan sus intereses en conflictos sin violencia. En la misma línea, Mousseau señala que el mundo se encuentra ahora en el final de una trayectoria de cinco siglos hacia la paz y la prosperidad permanentes y Goldstein sostiene que el declive de la guerra llega por la expansión de las economías de mercado —el comercio ablanda a los hombres— y por los acuerdos internacionales. La tecnología militar impide la guerra, Bloch dice que la letalidad de las armas nos permitirá no luchar en el futuro.



Críticas al posmodernismo

El posmodernismo se niega a debatir y a justificarse —los problemas nunca se encaran, ni se solventan— por ello es indefectiblemente dogmático. Al rechazar el pensamiento racional y la visión omnicomprensiva que incluye los desarrollos históricos del pasado, dificulta la comprensión de la realidad. En esta línea Brown señala que al abandonar la creencia en una realidad estable —que sustenta las narrativas que creamos— se eliminan los cimientos sobre los que se asientan los valores, incluido el de la verdad misma, y surge un modelo que subvierte las certezas centenarias y deviene en dogmatismo destructivo.

El posmodernismo, al ignorar el mal, no asume una realidad —demasiado intensa para ser soportada— que lleva al adormecimiento colectivo y desarma moralmente a las sociedades. En consecuencia, es necesario protegerse mediante la elaboración de una estrategia intelectual que se enfrente al intento de destruir Europa.

En contra de lo pregonado por la teoría de la paz democrática, Mansfield y Snyder señalan que, según las estadísticas de los últimos dos siglos, en la fase de transición democrática los países se vuelven más agresivos y propensos a la guerra y Merkel considera que las democracias no sólo entablan guerras como las autocracias, sino que sorprendentemente tienden a ser el agresor. Para Bauman, el cambio de la modernidad estable —imperio de la ley— a la posmodernidad inestable —fluidez de normas— alimenta nuevas guerras y Rienner, por su parte, señala que la hipótesis de «la paz democrática» oscurece las complejas interrelaciones entre democracia y guerra.

Necesidad de seguridad

La seguridad es un valor sustancial en una sociedad democrática porque sin seguridad no hay libertad ni progreso. Abarca los aspectos militar, social y económico, pero también, y de forma fundamental, el ideológico porque la voluntad de vencer es imprescindible para ganar cualquier conflicto. La movilización ideológica demanda una aquiescencia comunitaria que sólo es posible si el conflicto resulta investido de un significado existencial, por ello requiere que la sociedad sienta amenazada su cultura, identidad y forma de vida. Gibelli considera que debe gestionarse con la misma resolución que el combate.

Durante el siglo XX la democracia desarrolló la resiliencia en la sociedad y utilizó el enorme potencial de la técnica, lo que permitió a sus líderes tomar decisiones impopulares y ganar dos guerras mundiales. Sin embargo, los valores que necesita una sociedad para ganar guerras —conciencia de defensa y resiliencia social— son contrapuestos a las esencias posmodernistas, por lo que la ciudadanía europea no cree en la necesidad de defenderse.

Después de la Guerra Fría, Europa, con la protección de Estados Unidos, se abrazó a la doctrina de la paz eterna. Sin embargo, la amenaza rusa y la inhibición estadounidense la obligan a desplegar efectivos con capacidad y disponibilidad, para lo que necesita tener los medios necesarios, pero sobre todo desarrollar la conciencia de defensa, lo que —después de ochenta años de espejismo— es una tarea tan necesaria como abrumadora. En cambio, Finlandia es una referencia en seguridad por su capacidad para organizarse ante un posible conflicto. Durante la Guerra Fría la Unión Soviética tuvo gran influencia en el país, pero éste se mantuvo

independiente, y después de la caída del Muro de Berlín —al contrario de la mayoría de países occidentales— mantuvo su capacidad defensiva. Ha logrado una disuasión efectiva con un moderado gasto en seguridad, gracias a una defensa integral basada en la conciencia de defensa, el reclutamiento universal, la movilización y naturalmente por su ingreso en la OTAN.

Europa inerte

Europa, al carecer de verdad y vivir como si el mal no existiera, está moralmente desarmada y corre el peligro de desaparecer porque el posmodernismo subvierte y socava las esencias democráticas. La aquiescencia defensiva, que predominó en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, se ha desvanecido debido a la transformación del «contrato social» en pequeños contratos particulares y la cultura transnacional está sustituyendo a la lealtad estatal, la cual —falta del sentido de identidad— se está descomponiendo. En este sentido, Rogers detecta una era de gran fractura en la que las nociones de sociedad, historia y poder han dado paso a las de individuos, contingencia y elección. Esto es clave.

En la apoteosis de su proyecto humanista, Europa potenció la creencia de que la paz era un derecho adquirido y no se preocupó de defenderla, ya se encargaba otro, por ello la ciudadanía actual es incapaz de cumplir con el deber cívico más fundamental: defender a su país. Las sociedades europeas —confiadas en que los ejércitos de voluntarios y la técnica avanzada solucionan *per se* los problemas de seguridad— están lejos de asumir que la democracia se defiende con las voluntades dispuestas a realizar los máximos sacrificios, por lo que los recientes acontecimientos bélicos plantean interrogantes inquietantes que las sitúan fuera de su zona de confort.

La decadencia del Estado nación —comunidad de tradiciones y sentimientos de la población— impide a Europa enfrentarse a una guerra convencional porque el posmodernismo ha dado por hecho que la violencia no existe. Europa no quiere ni sabe luchar y no dispone de los militares ni de los medios necesarios para ello, dado que el necesario modelo no está alineado con unas sociedades fragmentadas por la disensión entre clases, religiones y etnias que dañan gravemente la solidaridad colectiva.

Por otra parte, la evolución de la tecnología ha hecho extremadamente vulnerables a las sociedades libres. La conectividad impone la economía de la atención permanente lo que implica cambiar la lealtad institucional por la confianza en las aplicaciones tecnológicas. Manjoo precisa que los ciudadanos manifiestan poca fe en las instituciones, pero su confianza en las redes sociales aumenta continuamente.

Estas vulnerabilidades críticas sitúan a las sociedades occidentales en un estado de debilidad cognitiva que incapacita a un alto porcentaje de ciudadanos para enfrentarse al conflicto; en consecuencia, urge restaurar hábitos de solidaridad, formar y educar a los ciudadanos ante la desinformación, fortalecer las instituciones y garantizar que los combatientes sientan legitimidad social.

Causas de la vulnerabilidad

Después de la Segunda Guerra Mundial los científicos sociales —con mentalidad posmodernista— consideraron que se podía eliminar la confusión del combate mediante el desarrollo de modelos abstractos, en consecuencia, la guerra convencional fue relegada a un papel secundario en favor de los enfoques científicos y de gestión empresarial. Sin embargo, la vuelta de la guerra tradicional o, lo que es peor, de una guerra compleja aun no asimilada, muestra la vigencia de la «incertidumbre clausewitziana» y Europa —invadida por el posmodernismo— se encuentra inerme y bloqueada.

El compromiso cívico de la población europea para defenderse es imprescindible porque los ejércitos combaten en el frente, pero los conflictos los ganan las sociedades en la retaguardia. Sin embargo, Europa no es consciente de la rareza histórica que supone el prolongado período de paz que está disfrutando, por ello no está preocupada ante la posibilidad de una guerra. Además, al ser la confianza en las instituciones y en los gobernantes muy baja hay serios problemas para movilizar a la ciudadanía. Menos de la mitad de los encuestados recientemente en las principales naciones europeas muestran su disposición a tomar las armas para defender a su país.

El ejemplo de Ucrania es palmario. A pesar de que las autoridades en Bruselas enfatizan que los ucranianos luchan no sólo por su libertad sino por la de todo el continente, los europeos dudan de ese argumento y perciben el conflicto como un ruido de fondo que no les afecta.

El problema de fondo radica en la dificultad para movilizar ciudadanos que arriesguen su vida. Los europeos no están dispuestos a luchar con las armas porque es difícil defender valores tradicionales en un entorno posmodernista en donde nada es fijo y todo es fluido, Fukuyama dice que no quieren combatir ni saben hacerlo porque son demasiado acomodaticios y consumistas para exponerse a la muerte y Mandon precisa que los ejércitos cumplirán con su misión si sienten que la sociedad los apoya, pero su función peligra si el país flaquea y no está dispuesto a asumir bajas ni a sufrir económicamente. En este contexto no tiene sentido hablar de medios avanzados de combate.

Las sociedades europeas tienden a la autoconservación en lugar de a la abnegación, lo que ha llevado a sus ejércitos al paradigma de «cero bajas», pero el modelo se derrumba cuando hay que enfrentarse a una guerra convencional. A medida que se extiende el individualismo y aumenta la resistencia social a aceptar las bajas, los líderes mantienen una estrategia permanente de gestión de riesgos que evita emprender acciones militares peligrosas en detrimento del interés colectivo, lo que refleja una gran vulnerabilidad de las democracias frente a las amenazas, que se traduce en serias dificultades en las operaciones militares.

En concreto, se rechaza desplegar fuerzas terrestres en favor del empleo de la fuerza aérea, de unidades de operaciones especiales y de empresas subcontratadas, lo que amenaza el «contrato social» de Hobbes y Locke, en el que los ciudadanos renuncian a libertades civiles en pro de la seguridad. Lebel precisa que equivale a un absurdo ir a la guerra dando prioridad a la protección de los soldados sobre la de los ciudadanos a quienes deben proteger.

Después de la Guerra Fría los países europeos disminuyeron sensiblemente la fuerza militar. De 1990 a 2020 Alemania redujo el 85 % el número de grupos de combate de unos 800 hombres, Italia el 66 %, Francia el 58 % y Reino Unido el 47 %. Las plantillas pasaron de dos millones en 1990 a menos de 800.000 en 2024, cantidad que Burikov y Wolff consideran no permite desplegar en el Este los 300.000 soldados necesarios para detener al ejército ruso. Francia y el Reino Unido sólo podrían movilizar unos 20.000 soldados en 30 días y Alemania una brigada con unos pocos miles de soldados.

Además, la brecha entre los efectivos necesarios y los existentes aumenta, lo que lleva al reclutamiento militar a una crisis endémica. En Francia, por primera vez en diez años, el ejército no alcanzó sus objetivos de reclutamiento: en el período 2021-2022 hubo 1182 soldados menos, en 2022 la tasa de abandono del personal militar fue del 32 % y en 2023 no se cubrieron 2500 plazas de las 16.000 convocadas. En Alemania, la *Bundeswehr* sufre un 30 % de tasa de abandono: en los primeros cinco meses de 2023 los aspirantes descendieron un 7 % respecto al mismo período del año anterior. En 2023, en las fuerzas armadas británicas causaron baja 5.800 efectivos más de los incorporados, el ejército —con apenas 70.000 soldados— se ha reducido en un 40 % desde 2010. Por su parte, en España la ratio de aspirantes por plaza en la clase de tropa ha descendido del 20 % en 2015 al 5 % en 2020. Sus fuerzas armadas precisan entre 130.000 y 140.000 soldados, pero los disponibles disminuyen cada año.

Por el contrario, Finlandia es una referencia en el reclutamiento, lo que da al país una clara ventaja en materia de defensa. Gebhard precisa que, al tener el apoyo de dos tercios de la población, puede movilizar al 5 % de los ciudadanos frente a

sólo el 0,6 % de Estados Unidos y el 0,3 % de Francia y Alemania. Con sólo 5,6 millones de habitantes, a pesar de que cuenta con unas fuerzas armadas de apenas 13.000 soldados, puede movilizar de inmediato a 280.000 efectivos y posteriormente a 900.000 reservistas

Conclusiones

El posmodernismo es una amenaza para la seguridad. Considera a la sociedad como un compuesto de individuos que han abandonado la masa de creencias metafísicas fundacionales para dedicarse a satisfacer el sinfín de pequeñas necesidades individuales, lo que ha aflojado los hilos que sujetaban las lealtades tradicionales y ha descompuesto la cohesión social. Una vez eliminados los valores fundamentales comunes, todo es relativo y ya no hay razón para defenderse, por lo que las sociedades europeas quedan moralmente desarmadas, expuestas a las amenazas y corren el peligro de desaparecer. Glucksmann señala que los posmodernistas se creen sagaces porque ignoran el peligro, que no les ignora a ellos.

El modelo actual de defensa europea constituye un riesgo crítico para su seguridad. Los ejércitos necesitan una verdad epistemológica y ontológica que el paradigma deconstructivista del posmodernismo erosiona de raíz. Por ello, Europa debe asumir un nuevo «contrato social», donde la «teoría de la paz democrática» sea sustituida por una tesis que informe a la ciudadanía de los peligros que afectan a la seguridad de todos.

Europa es incapaz de responder a una amenaza convencional, no asume que la voluntad de vencer no es una virtud opcional sino un activo estratégico, dado que el primer deber de cualquier gobierno democrático es la defensa de la sociedad. El culto al individualismo, hedonismo y a la autoidentificación ha erosionado la voluntad comunitaria y cercenado la capacidad —física y mental— para enfrentarse a la guerra. El pequeño continente, cegado por el éxito pacifista de la posguerra, ha olvidado los conceptos fundamentales de la disuasión: sus sociedades han eludido las responsabilidades de la guerra y sus líderes han buscado imposibles formas de refinar los conflictos.

La ilusión, demasiado tiempo mantenida, de una Europa reducida al uso del poder blando y excesivamente dependiente de un enfoque puramente técnico, no resiste su confrontación con la realidad. La invasión rusa a Ucrania ha expuesto la incapacidad de los países europeos para defenderse: sociedades rasgadas por conflictos internos y ensimismadas en burbujas políticas y mediáticas. Una generación criada en el mito de la «guerra limpia», a distancia, sin muertes, corre el riesgo de tener un despertar brutal si el conflicto de alta intensidad regresa a

unas sociedades que —deterioradas por la complacencia— están acostumbradas a tratar el conflicto como una abstracción lejana.

Europa vive en una ilusión que está lejos de la realidad, ignora que una comunidad «sin verdad que defender» se enfrenta a una derrota segura. Las declaraciones voluntaristas de los líderes no están respaldadas por una capacidad de combate inherente a una disuasión efectiva. Europa gasta miles de millones en sistemas de armamento modernos, pero la escasez de soldados impide su uso efectivo. El posmodernismo aleja a los europeos de sus ejércitos. En este sentido cabe preguntarse para qué sirve gastar en defensa si no hay soldados que arriesguen su vida, ni sociedades que afronten las bajas en combate. El problema es convencer de arriesgar la vida por qué, para qué y para quién.

Europa vive actualmente el conocido como «momento George Marshall» que consideraba que la cantidad y calidad de militares que demanda el conflicto moderno sólo podían ser aportados por sociedades cohesionadas con capacidad para movilizar y comprometer a sus ciudadanos. Dolorosamente consciente de la falta de instrucción de los soldados estadounidenses en las dos guerras mundiales, denunció con vehemencia que bajar la guardia en períodos prolongados de paz es una irresponsabilidad y luchó incansablemente para construir un ejército, en tiempo de paz, con moral de combate: desarrolló la conciencia de defensa, implementó el reclutamiento universal, organizó la movilización y programó una enseñanza militar práctica y realista.

Marshall se enfrentó a problemas similares a los que tiene Europa actualmente, que marcan un camino ineludible que obliga al continente a prepararse para un posible conflicto. Si no se hace, llegado el momento, los líderes se verán sobrepasados, el reclutamiento ineficaz, los mandos y la tropa sin preparación para el momento y la industria incapaz de fabricar el armamento necesario. Una vez más, la irresponsabilidad política se pagará con imperdonables e innecesarias bajas. La defensa de las sociedades democráticas está en juego. ■

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2026